

alegre, que él y sus hermanos que allí estábamos los defenderíamos, y mataríamos á quien enojar los quisiese. Entonces prometieron todos aquellos pueblos y caciques á una que serian con nosotros en todo lo que les quisiésemos mandar, y juntarian todos sus poderes contra Montezuma y todos sus aliados. Y aquí dieron la obediencia á su majestad por ante un Diego de Godoy el escribano, y todo lo que pasó lo enviaron á decir á los mas pueblos de aquella provincia; é como ya no daban tributo ninguno, é los recogedores no parecian, no cabian de gozo en haber quitado aquel dominio. Y dejemos esto, y diré cómo acordamos de nos bajar á lo llano á unos prados, donde comenzamos á hacer una fortaleza. Esto es lo que pasa, y no la relacion que sobre ello dieron al coronista Gómora.

## CAPITULO XLVIII.

Cómo acordamos de poblar la villa rica de la Veracruz, y de hacer una fortaleza en unos prados junto á unas salinas y cerca del puerto del Nombre-Feo, donde estaban anclados nuestros navios, y lo que allí se hizo.

Después que hubimos hecho liga y amistad con mas de treinta pueblos de las sierras, que se decian los totonaques, que entonces se rebelaron al gran Montezuma y dieron la obediencia á su majestad, y se prefirieron á nos servir, con aquella ayuda tan presta acordamos de poblar é de fundar la villa rica de la Veracruz en unos llanos media legua del pueblo, que estaba como en fortaleza, que se dice Quiahuistlan, y traza de iglesia y plaza y atarazanas, y todas las cosas que convenian para parecer villa, é hicimos una fortaleza, y desde entonces los cimientos; y en acaballa de tener alta para enmaderar; y hechas troneras y cubos y barbancas, dimos tanta priesa, que desde Cortés comenzó el primero á sacar tierra á cuestras y piedra é ahondar los cimientos, como todos los capitanes y soldados, y á la continua entendimos en ello y trabajamos por la acabar de presto, los unos en los cimientos y otros en hacer las tapias, y otros en acarrear agua y en las escaleras, en hacer ladrillos y tejas y buscar comida, y otros en la madera, y los herreros en la clavazon, porque teniamos herreros; y desta manera trabajábamos en ello á la continua desde el mayor hasta el menor, y los indios que nos ayudaban, de manera que ya estaba hecha iglesia y casas, é casi que la fortaleza. Estando en esto, parece ser que el gran Montezuma tuvo noticia en Méjico cómo le habian preso sus recaudadores é que le habian quitado la obediencia, y cómo estaban rebelados los pueblos totonaques; mostró tener mucho enojo de Cortés y de todos nosotros, y tenia ya mandado á un su gran ejército de guerreros que viniesen á dar guerra á los pueblos que se le rebelaron y que no quedase ninguno dellos á vida; é para contra nosotros aparejaba de venir con gran ejército y pujanza de capitanes; y en aquel instante van los dos indios prisioneros que Cortés mandó soltar, segun he dicho en el capítulo pasado, y cuando Montezuma entendió que Cortés les quitó de las prisiones y los envió á Méjico, y las palabras de ofrecimientos que les envió á decir, quiso nuestro Señor Dios que amansó su ira é acordó de enviar á saber de nosotros qué voluntad teniamos, y para ello envió dos man-

cebos sobrinos suyos, con cuatro viejos, grandes caciques, que los traian á cargo, y con ellos envió un presente de oro y mantas, é á dar las gracias á Cortés porque les soltó á sus criados; y por otra parte se envió á quejar mucho, diciendo que con nuestro favor se habian atrevido aquellos pueblos de hacelle tan gran traicion é que no le diesen tributo é quitalle la obediencia; é que ahora, teniendo respeto á que tiene por cierto que somos los que sus antepasados les habian dicho que habian de venir á sus tierras, é que debemos de ser de sus linajes, y porque estábamos en casa de los traidores, no les envió luego á destruir; mas que el tiempo andando no se alabaran de aquellas traiciones. Y Cortés recibió el oro y la ropa, que valia sobre dos mil pesos, y les abrazó, y dió por disculpa que él y todos nosotros éramos muy amigos de su señor Montezuma, y como tal servidor le tiene guardados sus tres recaudadores; y luego los mandó traer de los navios, y con buenas mantas y bien tratados se los entregó; y tambien Cortés se quejó mucho del Montezuma, y les dijo cómo su gobernador Pitalpitoque se fué una noche del real sin le hablar, y que no fué bien hecho, y que cree y tiene por cierto que no se lo mandaria el señor Montezuma que hiciese tal villanía, é que por aquella causa nos veniamos á aquellos pueblos donde estábamos, é que hemos recibido dellos honra; é que le pide por merced que les perdone el desacato que contra él han tenido; y que en cuanto á lo que dice que no le acuden con el tributo, que no pueden servir á dos señores, que en aquellos dias que allí hemos estado nos han servido en nombre de nuestro rey y señor, y porque el Cortés y todos sus hermanos iriamos presto á le ver y servir, y cuando allá estemos se dará órden en todo lo que mandare. Y después de aquestas pláticas y otras muchas que pasaron, mandó dar á aquellos mancebos, que eran grandes caciques, y á los cuatro viejos que los traian á cargo, que eran hombres principales, diamantes azules y cuentas verdes, y se les hizo honra; y allí delante dellos, porque habia buenos prados, mandó Cortés que corriesen y escaramuzasen Pedro de Albarado, que tenia una muy buena yegua alazana que era muy revuelta, y otros caballeros, de lo cual se holgaron de los haber visto correr; y despedidos y muy contentos de Cortés y de todos nosotros se fueron á su Méjico. En aquella sazón se le murió el caballo á Cortés, y compró ó le dieron otro que se decia el Arriero, que era castaño oscuro, que fué de Ortiz el músico y un Bartolomé García el minero, y fué uno de los mejores caballos que venian en el armada. Dejemos de hablar en esto, y diré que como aquellos pueblos de la sierra, nuestros amigos, y el pueblo de Cempoal solian estar de antes muy temerosos de los mejicanos, creyendo que el gran Montezuma los habia de enviar á destruir con sus grandes ejércitos de guerreros, y cuando vieron á aquellos parientes del gran Montezuma que venian con el presente por mí nombrado, y á darse por servidores de Cortés y de todos nosotros, estaban espantados, y decian unos caciques á otros que ciertamente éramos teules, pues que Montezuma nos habia miedo, pues enviaba oro en presente. Y si de antes teniamos mucha reputacion de esforzados, de allí adelante nos tuvieron

en mucho mas. Y quedarse ha aqui, y diré lo que hizo el cacique gordo y otros sus amigos.

## CAPITULO XLIX.

Cómo vino el cacique gordo y otros principales á quejarse delante de Cortés cómo en un pueblo fuerte, que se decia Cingapacinga, estaban guarniciones de mejicanos y les hacian mucho daño, y lo que sobre ello se hizo.

Después de despedidos los mensajeros mejicanos, vino el cacique gordo, con otros muchos principales nuestros amigos, á decir á Cortés que luego vaya á un pueblo que se decia Cingapacinga, que estaria de Cempoal dos dias de andadura, que serian ocho ó nueve leguas, porque decian que estaban en él juntos muchos indios de guerra de los culúas, que se entiende por los mejicanos, y que les venian á destruir sus sementeras y estancias, y les salteaban sus vasallos y les hacian otros malos tratamientos; y Cortés lo creyó, segun se lo decian tan afectuadamente; y viendo aquellas quejas y con tantas importunaciones, y habiéndoles prometido que los ayudaria, y mataria á los culúas ó á otros indios que los quisiesen enojar; é á esta causa no sabia qué decir, salvo echillos de allí, y estuvo pensando en ello, y dijo riendo á ciertos compañeros que estábamos acompañándole: «Sabeis, señores, que me parece que en todas estas tierras ya tenemos fama de esforzados, y por lo que han visto estas gentes por los recaudadores de Montezuma, nos tienen por dioses ó por cosas como sus idolos. He pensado que, para que crean que uno de nosotros basta para desbaratar aquellos indios guerreros que dicen que están en el pueblo de la fortaleza de sus enemigos, enviemos á Heredia el viejo;» que era vizcaíno, y tenia mala catadura en la cara, y la barba grande, y la cara media acuchillada, é un ojo tuerto, é cojo de una pierna, escopetero; el cual le mandó llamar, y le dijo: «Id con estos caciques hasta el rio, que estaba de allí un cuarto de legua; é cuando allá llegáredes, haced que os parais á beber é lavar las manos, é tirá un tiro con vuestra escopeta, que yo os enviaré á llamar; que esto hago porque crean que somos dioses, ó de aquel nombre y reputacion que nos tienen puesto; y como vos sois mal agestado, crean que sois ídolo;» y el Heredia lo hizo segun y de la manera que le fué mandado, porque era hombre que habia sido soldado en Italia; y luego envió Cortés á llamar al cacique gordo é á todos los demás principales que estaban aguardando el ayuda y socorro, y les dijo: «Allá envío con vosotros este mi hermano, para que mate y eche todos los culúas de ese pueblo, y me traiga presos á los que no se quisieren ir.» Y los caciques estaban elevados desde que lo oyeron, y no sabian si lo creer ó no, é miraban á Cortés si hacia algun mudamiento en el rostro, que creyeron que era verdad lo que les decia; y luego el viejo Heredia, que iba con ellos, cargó su escopeta, é iba tirando tiros al aire por los montes porque lo oyesen é viesen los indios, y los caciques enviaron á dar mandado á los otros pueblos cómo llevan á un teule para matar á los mejicanos que estaban en Cingapacinga; y esto pongo aquí por cosa de risa, porque vean las mañas que tenia Cortés. Y cuando entendió que habia llegado el Heredia al rio que le habia dicho, mandó

de presto que le fuesen á llamar, y vueltos los caciques y el viejo Heredia, les tornó á decir Cortés á los caciques que por la buena voluntad que les tenia que el propio Cortés en persona con algunos de sus hermanos queria ir á hacelles aquel socorro y á ver aquellas tierras y fortalezas, y que luego le trujesen cien hombres tamemes para llevar los tepuzques, que son los tiros, y vinieron otro dia por la mañana; y habiamos de partir aquel mismo dia con cuatrocientos soldados y catorce de á caballo y ballesteros y escopeteros, que estaban apercebidos; y ciertos soldados que eran de la parcialidad de Diego Velazquez dijeron que no querian ir, y que se fuese Cortés con los que quisiese; que ellos á Cuba se querian volver; y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

## CAPITULO L.

Cómo ciertos soldados de la parcialidad del Diego Velazquez, viendo que de hecho queriamos poblar y comenzamos á pacificar pueblos, dijeron que no querian ir á ninguna entrada, sino volverse á la isla de Cuba.

Ya me habrán oido decir en el capítulo antes deste que Cortés habia de ir á un pueblo que se dice Cingapacinga, y habia de llevar consigo cuatrocientos soldados y catorce de á caballo y ballesteros y escopeteros, y tenian puestos en la memoria para ir con nosotros á ciertos soldados de la parcialidad del Diego Velazquez; é yendo los cuadrilleros á apercebirlos que saliesen luego con sus armas y caballos los que los tenian, respondieron soberbiamente que no querian ir á ninguna entrada, sino volverse á sus estancias y haciendas que dejaron en Cuba; que bastaba lo que habian perdido por sacallos Cortés de sus casas, y que les habia prometido en Larenal que cualquiera persona que se quisiese ir que les daria licencia y navio y matalotaje; y á esta causa estaban siete soldados apercebidos para se volver á Cuba; y como Cortés lo supo, los envió á llamar, y preguntando por qué hacian aquella cosa tan fea, respondieron algo alterados, y dijeron que se maravillaban querer poblar adonde habia tanta fama de millares de indios y grandes poblaciones, con tan pocos soldados como éramos, y que ellos estaban dolientes y hartos de andar de una parte á otra, y que se querian ir á Cuba á sus casas y haciendas; que les diese luego licencia, como se lo habia prometido; y Cortés les respondió mansamente que era verdad que se la prometió, mas que no harian lo que debian en dejar la bandera de su capitán desamparada; y luego les mandó que sin deteniimiento ninguno se fuesen á embarcar, y les señaló navio, y les mandó dar cazabe y una botija de aceite y otras legumbres de bastimentos de lo que teniamos. Y uno de aquellos soldados, que se decia Hulano Moron, vecino de la villa que se decia Delbayamo, tenia un buen caballo overo, labrado de las manos, y le vendió luego bien vendido á un Juan Ruano á trueco de otras haciendas que el Juan Ruano dejaba en Cuba; é ya que se querian hacer á la vela, fuimos todos los compañeros é alcaldes y regidores de nuestra Villa-Rica á requerir á Cortés que por via ninguna no diese licencia á persona ninguna para salir de la tierra, porque así convenia al servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad; y que la persona que tal licencia pidiese, por hombre

que merecía pena de muerte, conforme á las leyes de la orden militar, pues quieren dejar á su capitán y bandera desamparada en la guerra é peligro, en especial habiendo tanta multitud de pueblos de indios guerreros como ellos han dicho; y Cortés hizo como que les quería dar la licencia, mas á la postre se la revocó, y se quedaron burlados y aun avergonzados, y el Moron su caballo vendido, y el Juan Ruano, que lo hubo, no se lo quiso volver, y todo fué maneado por Cortés, y fuimos nuestra entrada á Cingapacinga.

## CAPITULO LI.

De lo que nos acaeció en Cingapacinga, y cómo á la vuelta que volvimos por Cempoal les derrocamos sus ídolos, y otras cosas que pasaron.

Como ya los siete hombres que se querían volver á Cuba estaban pacíficos, luego partimos con los soldados de infantería ya por mí nombrados, y fuimos á dormir al pueblo de Cempoal, y tenían aparejado para salir con nosotros dos mil indios de guerra en cuatro capitánías; y el primero día caminamos cinco leguas con buen concierto, y otro día á poco mas de vespas llegamos á las estancias que estaban junto al pueblo de Cingapacinga, é los naturales dél tuvieron noticia cómo íbamos; é ya que comenzábamos á subir por la fortaleza y casas, que estaban entre grandes riscos y peñascos, salieron de paz á nosotros ocho indios principales y papas, y dicen á Cortés llorando que por qué los quiere matar y destruir no habiendo hecho por qué, pues teníamos fama que á todos hacíamos bien y desagráviábamos á los que estaban robados, y habíamos prendido á los recaudadores de Montezuma; y que aquellos indios de guerra de Cempoal que allí iban con nosotros estaban mal con ellos de enemistades viejas que habian tenido sobre tierras é términos, y que con nuestro favor les venían á matar y robar; y que es verdad que mejicanos solian estar en guarnición en aquel pueblo, y que pocos días habia se habian ido á sus tierras cuando supieron que habíamos preso á otros recaudadores; y que le ruegan que no pasemos adelante la armada y les favorezcan; y como Cortés lo hubo muy bien entendido con nuestras lenguas doña Marina é Aguilar, luego con mucha brevedad mandó al capitán Pedro de Albarado y al maestro de campo, que era Cristóbal de Oli, y á todos nosotros los compañeros que con él íbamos, que detuviésemos á los indios de Cempoal que no pasasen mas adelante; y así lo hicimos, y por presto que fuimos á detenellos, ya estaban robando en las estancias; de lo cual hubo Cortés gran enojo, y mandó que viniesen luego los capitanes que traían á cargo aquellos guerreros de Cempoal, y con palabras de muy enojado y de grandes amenazas les dijo que luego les trujesen los indios é indias y mantas y gallinas que habian robado en las estancias, y que no entre ninguno dellos en aquel pueblo; y que porque le habian mentido y venían á sacrificar y robar á sus vecinos con nuestro favor eran dignos de muerte, y que nuestro rey y señor, cuyos vasallos somos, no nos envió á estas partes y tierras para que hiciésemos aquellas maldades, y que abriesen bien los ojos no les aconteciese otra como aquella, porque no habia de quedar hombre dellos á vida; y lue-

go los caciques y capitanes de Cempoal trujeron á Cortés todo lo que habian robado, así indios como indias y gallinas, y se les entregó á los dueños cuyo era, y con semblante muy furioso les tornó á mandar que se saliesen á dormir al campo, y así lo hicieron. Y desde los caciques y papas de aquel pueblo y otros comarcanos vieron que tan justificados éramos, y las palabras amorosas que les decia Cortés con nuestras lenguas, y tambien las cosas tocantes á nuestra santa fe, como lo teníamos de costumbre, y que dejasen el sacrificio y de se robar unos á otros, y las suciedades de sodomías, y que no adorasen sus malditos ídolos, y se les dijo otras muchas cosas buenas, tomáronnos tan buena voluntad, que luego fueron á llamar á otros pueblos comarcanos, y todos dieron la obediencia á su majestad; y allí luego dieron muchas quejas de Montezuma, cómo las pasadas que habian dado los de Cempoal cuando estábamos en el pueblo de Quiahuitlan; y otro día por la mañana Cortés mandó llamar á los capitanes y caciques de Cempoal, que estaban en el campo aguardando para ver lo que les mandáramos, y aun muy temerosos de Cortés por lo que habian hecho en haberle mentido; y venidos delante, hizo amistades entre ellos y los de aquel pueblo, que nunca faltó por ninguno dellos; y luego partimos para Cempoal por otro camino, y pasamos por dos pueblos amigos de los de Cingapacinga, y estábamos descansando, porque hacia recio soly veníamos muy cansados con las armas á cuestas; y un soldado que se decia Fulano de Mora, natural de Ciudad-Rodrigo, tomó dos gallinas de una casa de indios de aquel pueblo, y Cortés, que lo acertó á ver, hubo tanto enojo de lo que delante dél hizo aquel soldado en los pueblos de paz en tomar las gallinas, que luego le mandó echar una soga á la garganta, y le tenían ahorcando si Pedro de Albarado, que se halló junto de Cortés, no le cortara la soga con la espada, y medio muerto quedó el pobre soldado. He querido traer esto aquí á la memoria para que vean los curiosos lectores cuán ejemplarmente procedía Cortés, y lo que esto importa en esta ocasion. Después murió este soldado en una guerra en la provincia de Guatemala sobre un peñol. Volvamos á nuestra relacion: que, como salimos de aquellos pueblos que dejamos de paz, yendo para Cempoal, estaba el cacique gordo, con otros principales, aguardándonos en unas chozas con comida; que, aunque son indios, vieron y entendieron que la justicia es santa y buena, y que las palabras que Cortés les habia dicho, que veníamos á desagráviár y quitar tiranías, conformaban con lo que pasó en aquella entrada, y tuviéronnos en mucho mas que de antes, y allí dormimos en aquellas chozas, y todos los caciques nos llevaron acompañando hasta los aposentos de su pueblo; y verdaderamente quisieran que no saliéramos de su tierra, porque se temían de Montezuma no enviase su gente de guerra contra ellos; y dijeron á Cortés, pues éramos ya sus amigos, que nos quieren tener por hermanos, que será bien que tomásemos de sus hijas é parientas para hacer generacion; y que para que mas firmes sean las amistades trujeron ocho indias, todas hijas de caciques, y dieron á Cortés una de aquellas cacicás, y era sobrina del mismo cacique gordo, y otra dieron á Alonso Hernandez Puertocarre-

ro, y era hija de otro gran cacique que se decia Cuesco en su lengua; y traíanlas vestidas á todas ocho con ricas camisas de la tierra y bien ataviadas á su usanza, y cada una dellas un collar de oro al cuello, y en las orejas cercillos de oro, y venían acompañadas de otras indias para se servir dellas; y cuando el cacique gordo las presentó, dijo á Cortés: «Teche (que quiere decir en su lengua señor), estas siete mujeres son para los capitanes que tienes, y esta, que es mi sobrina, es para tí, que es señora de pueblos y vasallos.» Cortés las recibió con alegre semblante y les dijo que se lo tenían en merced; mas para tomallas, como dice que seamos hermanos, que hay necesidad que no tengan aquellos ídolos en que creen y adoran, que los traen engañados, y que no les sacrifiquen; y que como él no vea aquellas cosas más malas en el suelo y que no sacrifiquen, que luego ternán con nosotros muy mas fija la hermandad; y que aquellas mujeres que se volverán cristianas primero que las recibamos, y que tambien habian de ser limpios de sodomías, porque tenían muchachos vestidos en hábito de mujeres que andaban á ganar en aquel maldito oficio; y cada día sacrificaban delante de nosotros tres ó cuatro y cinco indios, y los corazones ofrecían á sus ídolos y la sangre pegaban por las paredes, y cortábanles las piernas y brazos y muslos, y los comían como vaca que se trae de las carnicerías en nuestra tierra, y aun tengo creído que lo vendian por menudo en los tiangués, que son mercados; y que como estas maldades se quiten y que no lo usen, que no solamente les seremos amigos, mas que les hará que sean señores de otras provincias; y todos los caciques, papas y principales respondieron que no les estaba bien de dejar sus ídolos y sacrificios, y que aquellos sus dioses les daban salud y buenas sementeras y todo lo que habian menester; y que en cuanto á lo de las sodomías, que ponían resistencia en ello para que no se use mas; y como Cortés y todos nosotros vimos aquella respuesta tan desacatada y habíamos visto tantas crueldades y torpedades, ya por mí otra vez dichas, no las pudimos sufrir; y entonces nos habló Cortés sobre ello y nos trujo á la memoria unas santas y buenas doctrinas, y que cómo podíamos hacer ninguna cosa buena si no volvíamos por la honra de Dios y en quitar los sacrificios que hacían á los ídolos? Y que estuviésemos muy apercebidos para pelear si nos lo viniesen á defender que no se los derrocásemos, y que, aunque nos costase las vidas, en aquel día habia de venir al suelo. Y puestos que estábamos todos muy á punto con nuestras armas, como lo teníamos de costumbre para pelear, les dijo Cortés á los caciques que los habian de derrocar; y cuando aquello vieron, luego mandó el cacique gordo á otros sus capitanes que se apercebiesen muchos guerreros en defensa de sus ídolos; y cuando vió que queríamos subir en un alto que es su adoratorio, que estaba alto y habia muchas gradas, que ya no se me acuerda qué tantas habia, vimos al cacique gordo con otros principales muy alborotados y sañudos, y dijeron á Cortés que por qué les queríamos destruir. Y que si les hacíamos deshonor á sus dioses ó se los quitamos, que todos ellos perecerían, y aun nosotros con ellos; y Cortés les respondió muy enojado que otra vez les ha dicho que no sacrifiquen á

aquellas malas figuras, porque no les traigan mas engañados, y que á esta causa los veníamos á quitar de allí, é que luego á la hora los quitasen ellos; si no, que luego los echarian á rodar por las gradas abajo; y les dijo que no los terníamos por amigos, sino por enemigos mortales, pues que les daba buen consejo y no le querían creer; y porque habian visto que habian venido sus capitanes puestos en armas de guerreros, que está enojado con ellos y que se lo pagarán con quitalles las vidas; y como vieron á Cortés que les decia aquellas amenazas, y nuestra lengua doña Marina que se lo sabia muy bien dar á entender y aun lo amenazaba con los poderes de Montezuma, que cada día los aguardaba, por temor desto dijeron que ellos que no eran dignos de llegar á sus dioses, y que si nosotros los queríamos derrocar, que no era con su consentimiento, que se los derrocásemos y hiciésemos lo que quisiésemos; y no lo hubo bien dicho, cuando subimos sobre cincuenta soldados y los derrocamos, y venían rodando aquellos sus ídolos hechos pedazos, y eran de manera de dragones espantables, tan grandes como becerros, y otras figuras de manera de medio hombre y de perros grandes y de malas semejanzas; y cuando así los vieron hechos pedazos, los caciques y papas que con ellos estaban lloraban y tapaban los ojos, y en su lengua totonaque les decían que les perdonasen y que no era mas en su mano ni tenían culpa, sino estos teules que les derruecan, é que por temor de los mejicanos no nos daban guerra; y cuando aquello pasó, comenzaban las capitánías de los indios guerreros, que he dicho que venían á nos dar guerra, á querer flechar; y cuando aquello vimos, echamos mano al cacique gordo y á seis papas y á otros principales, y les dijo Cortés que si hacian algun descomedimiento de guerra que habian de morir todos ellos; y luego el cacique gordo mandó á sus gentes que se fuesen delante de nosotros y que no hiciesen guerra; y como Cortés los vió sosegados, les hizo un parlamento, lo cual diré adelante, y así se apaciguó todo; y esta de Cingapacinga fué la primera entrada que hizo Cortés en la Nueva-España, y fué de harto provecho; y no como dice el coronista Gómora, que matamos y prendimos y asolamos tantos millares de hombres en lo de Cingapacinga; y miren los curiosos que esto leyeren cuánto va del uno al otro, por muy buen estilo que lo dice en su Corónica, pues en todo lo que escribe no pasa como dice.

## CAPITULO LII.

Cómo Cortés mandó hacer un altar y se puso una imagen de nuestra Señora y una cruz, y se dijo misa y se bautizaron las ocho indias.

Como ya callaban los caciques y papas y todos los mas principales, mandó Cortés que á los ídolos que derrocamos, hechos pedazos, que los llevasen adonde no pareciesen mas y los quemasen; y luego salieron de un aposento ocho papas que tenían cargo dellos, y toman sus ídolos y los llevan á la misma casa donde salieron é los quemaron. El hábito que traían aquellos papas eran unas mantas prietas, á manera de sábana, y loras largas hasta los pies, y unos como capillos que querían parecer á los que traen los canónigos, y otros capillos traían mas chicos como los que traen los dominicos, y

los traian muy largos hasta la cinta, y aun algunos hasta los piés, llenos de sangre pegada y muy enredados, que no se podian esparcir, y las orejas hechas pedazos, sacrificadas dellas, y hedian como azufre, y tenian otro muy mal olor como de carne muerta; y segun decian, é alcanzamos á saber, aquellos papas eran lijos de principales y no tenian mujeres, mas tenian el maldito oficio de sodomias, y ayunaban ciertos dias; y lo que yo les veia comer eran unos meollos ó pepitas de algodón cuando los desmontonan, salvo si ellos no comian otras cosas que yo no se las pudiese ver. Dejemos á los papas y volvamos á Cortés, que les hizo un buen razonamiento con nuestras lenguas doña Marina y Jerónimo de Aguilar, y les dijo que ahora los teniamos como hermanos, y que les favoreceria en todo lo que pudiese contra Montezuma y sus mejicanos, porque ya envié á mandar que no les diesen guerra ni les llevasen tributo; y que pues en aquellos sus altos cues no habian de tener mas ídolos, que él les quiere dejar una gran Señora, que es madre de nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos y adoramos, para que ellos tambien la tengan por Señora y abogada; y sobre ello, y otras cosas de pláticas que pasaron, se les hizo un buen razonamiento, y tan bien propuesto para segun el tiempo, que no habia mas que decir; y se les declaró muchas cosas tocantes á nuestra santa fe, tan bien dichas como ahora los religiosos se lo dan á entender; de manera que lo oian de buena voluntad. Y luego les mandó llamar todos los indios albañiles que habia en aquel pueblo, y traer mucha cal, porque habia mucha, y mandó que quitasen las costras de sangre que estaban en aquellos cues y que lo aderezasen muy bien, y luego otro dia se encaló y se hizo un altar con buenas mantas, y mandó traer muchas rosas de las naturales que habia en la tierra, que eran bien olorosas, y muchos ramos, y lo mandó enramar y que lo tuviesen limpio y barrido á la continua; y para que tuviesen cargo dello, aperció á cuatro papas que se trasquilaron el cabello, que lo traian largo, como otra vez he dicho, y que vistiesen mantas blancas y se quitasen las que traian, y que siempre anduviesen limpios y que sirviesen aquella santa imágen de nuestra Señora, en barrer y enramar; y para que tuviesen mas cargo dello puso á un nuestro soldado cojo é viejo, que se decia Juan de Torres de Córdoba, que estoviese allí por ermitaño, é que mirase que se hiciese cada dia así como lo mandaba á los papas. Y mandó á nuestros carpinteros, otra vez por mí nombrados, que hiciesen una cruz y la pusiesen en un pilar que teniamos ya nuevamente hecho y muy bien encalado; y otro dia de mañana se dijo misa en el altar, la cual dijo el padre fray Bartolomé de Olmedo, y entonces se dió orden como con el incienso de la tierra se incensase á la santa imágen de nuestra Señora y á la santa cruz, y tambien se les mostró hacer candelas de la cera de la tierra, y se les mandó que aquellas candelas siempre estoviesen ardiendo en el altar, porque hasta entonces no se sabian aprovechar de la cera; y á la misa estuvieron los mas principales caciques de aquel pueblo y de otros que se habian juntado. Y asimismo trajeron las ocho indias para volver cristianas, que todavía estaban en poder de

sus padres y tíos, y se les dió á entender que no habian de sacrificar mas ni adorar ídolos, salvo que habian de creer en nuestro Señor Dios; y se les amonestó muchas cosas tocantes á nuestra santa fe, y se bautizaron, y se llamó á la sobrina del cacique gordo doña Catalina, y era muy fea; aquella dieron á Cortés por la mano, y la recibió con buen semblante; á la hija de Cuesco, que era un gran cacique, se puso por nombre doña Francisca; esta era muy hermosa para ser india, y la dió Cortés á Alonso Hernandez Puertocarrero; las otras seis ya no se me acuerda el nombre de todas, mas sé que Cortés las repartió entre soldados. Y después desto hecho, nos despedimos de todos los caciques y principales, y dende adelante siempre les tuvieron muy buena voluntad, especialmente cuando vieron que recibió Cortés sus hijas y las llevamos con nosotros, y con muy grandes ofrecimientos que Cortés les hizo que les ayudaria, nos fuimos á nuestra Villa-Rica, y lo que allí se hizo lo diré adelante. Esto es lo que pasó en este pueblo de Cempoal, y no otra cosa que sobre ello hayan escrito el Gómora ni los demás coronistas.

## CAPITULO LIII.

Cómo llegamos á nuestra villa rica de la Veracruz, y lo que allí pasó.

Después que hubimos hecho aquella jornada y quedaron amigos los de Cingapacinga con los de Cempoal, y otros pueblos comarcanos dieron la obediencia á su majestad, y se derrocaron los ídolos y se puso la imágen de nuestra Señora y la santa cruz, y le puso por ermitaño el viejo soldado y todo lo por mí referido, fuimos á la villa y llevamos con nosotros ciertos principales de Cempoal, y hallamos que aquel dia habia venido de la isla de Cuba un navio, y por capitán dél un Francisco de Saucedo, que llamábamos el Pulido; y pusimosle aquel nombre porque en demasía se preciaba de galán y pulido, y decian que habia sido maestresala del almirante de Castilla, y era natural de Medina de Rioseco; y vino entonces Luis Marin, capitán que fué en lo de Méjico, persona que valió mucho, y vinieron diez soldados; y traia el Saucedo un caballo y Luis Marin una yegua, y nuevas de Cuba, que le habian llegado al Diego Velazquez de Castilla las provisiones para poder rescatar y poblar; y los amigos del Diego Velazquez se regocijaron mucho, y mas de que supieron que le trujeron provision para ser adelantado de Cuba. Y estando en aquella villa sin tener en qué entender mas de acabar de hacer la fortaleza, que todavía se entendia en ella, dijimos á Cortés todos los mas soldados que se quedase aquello que estaba hecho en ella para memoria, pues estaba ya para enmaderar, y que habia ya mas de tres meses que estábamos en aquella tierra, é que seria bueno ir á ver qué cosa era el gran Montezuma y buscar la vida y nuestra ventura, é que antes que nos metiésemos en camino que enviásemos á besar los piés á su majestad y á dalle cuenta de todo lo acacido desde que salimos de la isla de Cuba; y tambien se puso en plática que enviásemos á su majestad el oro que se habia habido, así rescatado como los presentes que nos envió Montezuma; y respondió Cortés que era muy bien acordado y que ya lo habia puesto él en plática con ciertos

caballeros; y porque en lo del oro por ventura habria algunos soldados que querrian sus partes, y si se partiese que seria poco lo que se podria enviar, por esta causa dió cargo á Diego de Ordás y á Francisco de Montejo, que eran personas de negocios, que fuesen de soldado en soldado de los que se tuviese sospecha que demandarian las partes del oro, y les decian estas palabras: «Señores, ya veis que queremos hacer un presente á su majestad del oro que aquí hemos habido, y para ser el primero que enviamos destas tierras habia de ser mucho mas; parécenos que todos le sirvamos con las partes que nos caben; los caballeros y soldados que aquí estamos escritos tenemos firmado cómo no queremos parte ninguna dello, sino que servimos á su majestad con ello porque nos haga mercedes. El que quisiere su parte no se le negará; el que no la quisiere haga lo que todos hemos hecho, firmelo aquí;» y desta manera todos lo firmaron á una. Y hecho esto, luego se nombraron para procuradores que fuesen á Castilla á Alonso Hernandez Puertocarrero y Francisco de Montejo, porque ya Cortés le habia dado sobre dos mil pesos por tenelle de su parte. Y se mandó apercebir el mejor navio de toda la flota, y con dos pilotos, que fué uno Anton de Alamínos, que sabia cómo habian de desembarcar por la canal de Bahama, porque él fué el primero que navegó por aquella canal; y tambien apercebimos quince marineros, y se les dió todo recaudo de matalotaje. Y esto apercebido, acordamos de escribir y hacer saber á su majestad todo lo acacido, y Cortés escribió por sí, segun él nos dijo, con recta relacion; mas no vimos su carta; y el Cabildo escribió juntamente con diez soldados de los que fuimos en que se poblase la tierra, y le alzamos á Cortés por general; y con toda verdad que no faltó cosa ninguna en la carta, é iba yo firmado en ella; y demás destas cartas y relaciones, todos los capitanes y soldados juntamente escribimos otra carta y relacion; y lo que se contenia en la carta que escribimos es lo siguiente.

## CAPITULO LIV.

De la relacion y carta que escribimos á su majestad con nuestros procuradores Alonso Hernandez Puertocarrero y Francisco de Montejo, la cual carta iba firmada de algunos capitanes y soldados.

Después de poner en el principio aquel muy debido acato que somos obligados á tan gran majestad del Emperador nuestro señor, que fué así: «Siempre sacra, católica, cesárea, real majestad;» y poner otras cosas que se convenian decir en la relacion y cuenta de nuestra vida y viaje, cada capítulo por sí, fué esto que aquí diré en suma breve. Cómo salimos de la isla de Cuba con Hernando Cortés, los pregones que se dieron, cómo veniamos á poblar, y que Diego Velazquez secretamente enviaba á rescatar, y no á poblar; cómo Cortés se queria volver con cierto oro rescatado, conforme á las instrucciones que de Diego Velazquez traia, de las cuales hicimos presentacion; cómo hicimos á Cortés que poblase y le nombramos por capitán general y justicia mayor hasta que otra cosa su majestad fuese servido mandar; cómo le prometimos el quinto de lo que se hubiese, después de sacado su real quinto; cómo llegamos á Cozu-

mel y por qué ventura se hubo Jerónimo de Aguilar en la punta de Cotoche, y de la manera que decia que allí aportó él y un Gonzalo Guerrero, que se quedó con los indios por estar casado y tener hijos y estar ya hecho indio; cómo llegamos á Tabasco, y de las guerras que nos dieron y batallas que con ellos tuvimos; cómo los atrajimos de paz; cómo á do quiera que llegamos se les hacen buenos razonamientos para que dejasen sus ídolos, y se les declara las cosas tocantes á nuestra santa fe; cómo dieron la obediencia á su real majestad y fueron los primeros vasallos que tiene en aquestas partes; cómo hicieron un presente de mujeres, y en él una cacica, para india de mucho ser, que sabe la lengua de Méjico, que es la que se usa en toda la tierra, y que con ella y el Aguilar tenemos verdaderas lenguas; cómo desembarcamos en San Juan de Ulúa, y de las pláticas de los embajadores del gran Montezuma, y quién era el gran Montezuma y lo que se decia de sus grandezas y del presente que trujeron, y cómo fuimos á Cempoal, que es un pueblo grande, y desde allí á otro pueblo que se dice Quiahuistlan, que estaba en fortaleza, y cómo se hizo la liga y confederacion con nosotros y quitaron la obediencia á Montezuma en aquel pueblo, demás de treinta pueblos que todos le dieron la obediencia y están en su real patrimonio, y la ida de Cingapacinga; cómo hicimos la fortaleza, y que agora estamos de camino para ir la tierra adentro hasta vernos con el Montezuma; cómo aquella tierra es muy grande y de muchas ciudades y muy pobladísima, y los naturales grandes guerreros; cómo entre ellos hay muchas diversidades de lenguas y tienen guerra unos con otros; cómo son idólatras y se sacrifican y matan en sacrificios muchos hombres é niños y mujeres, y comen carne humana y usan otras torpedades; cómo el primer descubridor fué un Francisco Hernandez de Córdoba, y luego cómo vino Juan de Grijalva, é que agora al presente le servimos con el oro que hemos habido, que es el sol de oro y la luna de plata y un casco de oro en granos como se coge en las minas, y muchas diversidades y géneros de piezas de oro hechas de muchas maneras, mantas de algodón muy labradas de plumas y primas; otras muchas de oro, que fueron mosqueadores, rodellas y otras cosas que ya no se me acuerda, como há ya tantos años que pasó; tambien enviamos cuatro indios que quitamos en Cempoal, que tenian á engordar en unas jaulas de madera para después de gordos sacrificarlos y comérselos. Y después de hecha esta relacion ó otras cosas, dimos cuenta y relacion cómo quedábamos en estos sus reinos cuatrocientos y cincuenta soldados á muy gran peligro entre tanta multitud de pueblos y gentes belicosas y muy grandes guerreros, para servir á Dios y á su real corona; y le suplicamos que en todo lo que se nos ofreciese nos haga mercedes, y que no hiciese merced de la gobernacion destas tierras ni de ningunos oficios reales á persona ninguna, porque son tales, ricas y de grandes pueblos y ciudades, que convienen para un infante ó gran señor; y tenemos pensamiento que, como don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano, es su presidente y manda á todas las Indias, que lo dará á algun su deudo ó amigo, especialmente á un Diego